

920
S.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

pa 6564
S. 1585
U. 3

Es propiedad de la autora.
Queda hecho el depósito
que previene la ley.
Toda esta edición lleva una
contraseña reservada.

CAPILLA ALFONSIÑA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MARÍA JOSEFINA

TASCHER DE LA PAGERIE

VIZCONDESA DE BEAUHARNAIS Y EMPERATRIZ DE FRANCIA

I.

El sol iba lentamente á hundirse en el mar que lame las extensas sábanas que forman la rica colonia de San Pedro en la Martinica, y la brisa de la tarde mecía dulcemente las palmeras, los cocoteros y los colosales arbustos cargados de flores y de aromas, cuando una joven, ó más bien una niña, salía de una elegante casa, atravesando lentamente un extenso parque que precedía al edificio y que se cerraba con una verja de hierro.

Detrás de la casa, á la derecha, y en una eminencia vecina, se oía el canto de los esclavos, que ganaban en los ingenios el oro con el sudor de su rostro.

El paisaje estaba bañado de luz, y la calma y la tranquilidad le envolvían por todas partes: cantaban los pájaros el himno de la tarde; el espumoso río, guarnecido de cañaverales, murmuraba, besando las flores de la ribera: á lo lejos una campana resonaba con el *Angelus*, que llamaba á los fieles á la oración y á las alabanzas de María.

La joven que apareció en el umbral de la casa, era casi una niña, y su dulce figura en todo digna de aquel hermoso y tranquilo cuadro.

No se admiraba en ella una gran belleza, ni á primera vista se la hubiera podido llamar bonita; mas si la primera mirada que se la dirigía dejaba el alma tranquila, la segunda ya se detenía en ella con una secreta complacencia, y poco á poco el poderoso encanto que emanaba de su persona iba robando el corazón...

Podía contar catorce años, y su estatura, que apenas llegaba á mediana, era ya la que había de tener, pues en aquel cálido clima el crecimiento de la mujer es tan rápido como prematuro.

Sus formas eran esbeltas, delicadas y llenas de tal armonía, que ninguna de ellas se hubiera deseado más bella ó más perfecta: su talle flexible, sin ser muy delgado, ostentaba tanta gracia, que era difícil no admirarle como el modelo más exquisito: la tabla de su pecho, alta y gallarda, dejaba ver el arranque de una garganta hecha á torno, más bien corta que larga, y adornada con un gracioso hoyuelo; sus hombros redondos é infantiles, sus manos y pies de niña, todo era delicado y noble, casto y voluptuoso á la vez, uniendo la más exquisita gracia francesa, al abandono de la criolla.

Cuando la atención podía separarse de aquella linda figura para pasar al rostro, quedaba allí más cautiva: hallábase con una carita blanca como la

azucena, dulcemente ovalada y terminada por una graciosa barba: un bosque de cabellos negros cubría su cabeza, más bien pequeña que grande, y negras también eran sus cejas finas y arqueadas y sus largas y rizadas pestañas.

Por un capricho de la naturaleza, los ojos de aquella joven eran de un azul subido y oscuro, y brillaban como dos grandes zafiros entre sedosas franjas negras.

Tenía la nariz graciosa y ligeramente levantada, y su boca era bonita y delicada, si bien con el defecto de tener muy mala dentadura.

Pero este defecto apenas lo era por la especial configuración de sus rosados labios, que formaban un arco de coral húmedo y brillante, y además se olvidaba fácilmente, fijando la vista en las otras perfecciones de su rostro.

Tenía puesto un traje de muselina blanca, corto hasta dejar ver dos pies diminutos, calzados con botines de raso azul: un cinturón azul ceñía su talle, y otra cinta de raso del mismo color se enredaba entre los negros bucles de sus cabellos.

Llevaba unos pendientes de oro muy sencillos, y adornaba su linda y redonda garganta una cadanita de oro también, que sostenía una cruz del mismo metal.

Las mangas del vestido, cortas y huecas, dejaban ver sus torneados brazos, terminados por unas manos de marfil.

La joven se detuvo en el umbral de la puerta de la casa, miró hacia el parque, que abrazó con una mirada melancólica, y luego volvió sus ojos al camino, como si esperase ver llegar á alguno por entre los corpulentos árboles que le bordeaban.

Una voz de mujer que se oyó á alguna distancia le hizo volver la cabeza.

Aquella voz tenía un eco dulce y cariñoso, y no pronunció más que esta sola palabra:

—¡Josefina!

—Aquí estoy, tía, respondió suavemente la joven.

—¿No vienes á terminar tu lectura? preguntó la misma voz.

—Tía, estoy esperando á Pascuala, dijo la joven con acento algo trémulo: deseo saber de mi madre.

—¡Qué desgraciada imaginación la tuya! dijo más cerca la voz de la dama á quien Josefina había llamado tía; y un instante después, una señora como de cincuenta años apareció en el umbral de la casa, deteniéndose á poca distancia de la joven, á tiempo que ésta enjugaba una lágrima con la yema de su dedo índice.

—¿Por qué has de pensar siempre en lo peor? dijo tomando la mano de Josefina, atrayéndola hacia sí y besándola en la frente con íntima ternura.

—¡Bien sabéis, tía mía, el fatal estado de mi pobre madre! exclamó la niña, que ya no pudo reprimir su llanto: ¡Ya sabéis cuánto la amo! ¡hace

ya cuatro días que no la veo, y estoy con una inquietud mortal!

—¿No te envía tu padre noticias tuyas tres veces cada día?

—¡Sin duda; pero yo no la veo!

—¿Eso es decirme que quieres ir á verla?

—¡Oh tía mía! exclamó Josefina, tomando la mano de la dama, y llevándola á sus labios:

Y vencida por su timidez, no pudo decir más.

—Hija mía, dijo la buena señora: veo que no eres á mi lado tan feliz como yo desearía, y sin embargo, no puedo resolverme á cederte á tus padres: tú eres para la soledad de mi casa como un bello rayo de sol, que todo lo anima y vivifica; no obstante, el amor de tus padres apenas te deja un lugar en tu corazón libre para mí, ¡y esta certeza me hace desgraciada!

—¡No me habléis así, tía mía! exclamó Josefina echando ambos brazos al cuello de la señora con una profunda expresión de cariño: ¡Que no os amo yo! ¡Que no queda en mi corazón sitio para vos! ¡Para vos, que me habéis educado, que habéis sido para mí, que sois la más tierna de las madres! ¡Ah! ¡Cómo haría yo para abriros mi corazón, y para que vierais en él el sitio que ocupa vuestra querida imagen!

—¡Vamos, cálmate! dijo la buena señora abrazando á su sobrina; somos dos locas y todo lo exageramos en materia de sentimiento; debía yo tener

razón por las dos y tengo menos que tú; no llores, hija mía, prosiguió enjugando las lágrimas que, como gotas cristalinas, se deslizaban por las mejillas de la joven: mira, allí viene Pascuala.

Volvióse Josefina y vió llegar, en efecto, á una negra alta, corpulenta y ya de edad avanzada.

Josefina se separó de los brazos de su tía y voló á su encuentro.

—¿Y mi madre? preguntó ansiosa.

—Está mejor, señorita, contestó la interpelada: venía á decíroslo.

—¿Ha preguntado por mí?

—Dos veces.

—¿Y mi padre?

Pascuala bajó la cabeza y nada respondió.

—¿Está malo mi padre? exclamó asustada Josefina, y mirandó á la negra con ansiedad.

—No, no, señorita, lo que está es furioso

—¿Furioso? ¿Por qué?

—Se ha incomodado mucho con uno de los esclavos de la casa, y está pensando en el castigo que se le dará esta misma tarde.

¡Santo Dios! exclamó Josefina: ¿y qué esclavo es ese?

—Daniel, el que se iba á casar esta misma semana con la negrita Elisa; como vos, señorita, os interesáis por todos los esclavos, fácilmente recordaréis quién es.

—¡Sí, sí! respondió Josefina; Daniel... lo re-

cuerto; el que cuidaba de mis macetas: el que me buscó un día un nido de pajaritos azules y rojos... el hijo de la vieja Nineta...

—Ese mismo: ¡ah señorita! bien sabía yo que vos teníais la memoria del corazón!

—¿Y qué ha hecho Daniel?

—Se ha separado del trabajo antes de la hora de costumbre para ir á ver á Elisa.

—¿No tiene otro delito que ese?

—No, señorita: ¡ah! si vos estuvierais en casa...

Y la buena Pascuala enjugó dos lágrimas, pensando en la suerte del pobre negro.

—Vete hasta mañana, dijo madame Renaudín, que este era el nombre de la tía de Josefina; así verás á tu madre, y suavizarás el rigor del castigo que va á sufrir ese desdichado.

—Gracias, tía mía, contestó la joven, abrazando cariñosamente á la buena señora; gracias y hasta mañana.

Y con la ligereza de una cervatilla, salió seguida de Pascuala, que la miraba con aire enterrecido.

II.

Josefina andaba con paso rápido, deseando llegar lo antes posible á su casa, á fin de evitar al pobre esclavo el castigo que le amenazaba.